

Las segundas *relaciones de sucesos* sevillanas sobre la Monja alférez, doña Catalina de Erauso

Valeria Palmieri
valeria.palmieri@hotmail.com

Colección: Archivos Mediterráneo, Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 29/04/2014
Número de páginas: 21
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.miramistrabajos.com

Descripción

Resumen:

La vida de doña Catalina de Erauso en las segundas *relaciones de sucesos* de 1625. Los pliegos de las dos segundas relaciones sevillanas de 1625 subrayan el ánimo pendenciero y rebelde de la Monja alférez, que vive ocultando su identidad sexual por vivir como soldado en las Américas hasta que es obligada a desvelar su naturaleza.

Palabras Clave

América, viajes, indios, mujeres, naipes, Chile, Potosí, Guamanga, Perú, relación de sucesos, *transgender*

Personajes

Catalina de Erauso, Pedro Solís de Ulloa, Fray Agustín de la Presa, Pedro de Legui, Marqués de Montesclaros, Rodrigo de Mendoza,

Ficha técnica y cronológica

- **Tipo de Fuente:** Relación de Sucesos impresa
- **Procedencia:** Biblioteca Nacional, Madrid
- **Sección / Legajo:** Mss/17605, h.335-336v, y Mss/17605 h. 337r-338v.
- **Tipo y estado:** impreso en español
- **Época y zona geográfica:** Mediterráneo, América
- **Localización y fecha:** Sevilla, 1625
- **Autor de la Fuente:** Editores: Juan de Cabrera, Simón Faxardo

Las segundas *relaciones de sucesos* sevillanas sobre la Monja alférez, doña Catalina de Erauso

Valeria Palmieri
(Universidad de Cagliari)

La presente edición de los dos segundos pliegos sevillanos de relaciones de sucesos, que sirve de continuación a las primeras de 1618 y 1625¹, representa un válido instrumento para reforzar las hipótesis de veracidad histórica relativas a los acontecimientos relatados en la presunta autobiografía *Historia de la monja alférez, doña Catalina de Erauso, escrita por ella misma*². De manera particular, se subrayan algunas de las características peculiares de la Monja Alférez, conocida con este apelativo por su doble condición de doncella y soldado, y es precisamente esta dualidad de su naturaleza la que permite considerarla como uno de los ejemplos *ante litteram* de experiencia *transgender*.

Doña Catalina de Erauso es una mujer emblemática cuya vida extraordinaria destaca de los demás por ser «mezcla extraña de grandeza y de funestas inclinaciones³». El editor Juan de Cabrera la define con acierto cuando la llama una «varonil mujer»: rebelde, pendenciera, irrespetuosa. En estas relaciones de sucesos a menudo se ve metida en trifulcas contra jugadores de naipes marcados, apostando fuerte y exhibiendo una enérgica virilidad, sin perder ocasión para mostrar su valor con la daga, aunque frecuentemente acabe siendo presa o herida gravemente. Igualmente varonil es su comportamiento en batalla, cuando su compañía se enfrenta con los enemigos, ya sean indios o ingleses. En estas circunstancias se muestra como un soldado impávido, que confía en su destreza en manejar la espada, demostrando su lado feroz e implacable que no perdona a sus adversarios. Pero su actitud varonil se despliega también en sus relaciones con las mujeres, a quienes en ocasiones defiende sin la mínima rémora, remarcando su atracción hacia un género al que, de todas formas, siente no pertenecer ni como actitudes ni como cuerpo.

Casi por una ironía del destino, no logra librarse totalmente de la vida monacal a la que le había relegado su familia. Obligada a revelar su verdadera identidad sexual, y una vez comprobada su virginidad, el obispo con quien se ha confesado la viste de nuevo de monja y la mete en un convento. Pero para una mujer como Catalina este momento puede solo representar una etapa de su vida peregrina y aventurosa. Mejor dicho, podría considerarse un momento de tránsito entre los mundos masculino y femenino. Ella parece necesitar una absolución (que obviamente obtendrá) por una vida caracterizada hasta aquel momento por constantes pendencias y fugas. De hecho, después de encontrar a Felipe IV, que le va a conceder una pensión vitalicia por sus oficios, en su viaje a Roma recibe la aprobación del papa Urbano VIII para seguir usando ropa masculina.

¹ Cfr. en este mismo Archivo de la Frontera: G Andrés, *Las primeras relaciones de sucesos sevillanas sobre la Monja alférez, doña Catalina de Erauso*.

² *Historia de la monja alférez, doña Catalina de Erauso, escrita por ella misma*, ed. Joaquín María de Ferrer, París, Julio Didot, 1829 (ed. facsímil: Echévarri-Vizcaya, Amigos del Libro Vasco, 1986).

³ Ivi, p. vii.

La huida del convento puede que haya representado no solo la posibilidad de vivir una vida menos convencional, sino también un rechazo contra todo lo que en aquella época podía caracterizar la existencia de las mujeres. En ella confluyen elementos débiles –según la concepción todavía vigente entonces sobre la condición femenina⁴– ligados a su virginidad (motivo este por el que el obispo la perdona) y elementos fuertes, representados por sus constantes riñas y peleas ostentando su virilidad. Lo más importante es que al final logrará vivir como siempre quiso: como hombre.

Esta voluntad de vivir como una “mujer varonil” después de que se descubriera su identidad, o más bien, como perteneciente al mundo viril de los hombres, por un lado la destaca de otras que en la época vistieron como varón y, por otro, constituye el nudo emblemático de su figura legendaria⁵.

⁴Cfr. Véase Ángel ESTEBAN, «La mentira de la verdad: el género sexual», en *Historia de la Monja Alférez, Catalina de Erauso, escrita por ella misma*, ed. Ángel Esteban, Madrid, Cátedra, 2002, p. 51.

⁵ Á. ESTEBAN, cit., pp. 43-53.

Segunda relación de los famosos hechos que en el Reino de Chile hizo una varonil mujer sirviendo veinte y cuatro años de soldado en servicio de su Majestad el Rey nuestro Señor... También se avisa de cómo se descubrió que era muger y los regalos que el Obispo de Guamanga le hizo hasta enviarla a España. Sevilla, Juan de Cabrera, 1625⁶.

Después que la buena señora, de quien la relación primera ha ido haciendo mención (sin declarar su nombre, que no es justo, aunque para tan honrados y valerosos hechos no fuera justo dejarlo en silencio), ya se dijo en la otra cómo partió a las Charcas, donde otra vez había estado y, en llegando, pidió que del pleito que le habían imputado antes, pues no había culpa contra ella, le volviesen sus bienes, y así lo ordenaron y mandaron aquellos señores. Sus amigos le rogaron se aquietase, pues había salido bien de aquellas heridas.

Fuese luego al Potosí, en casa de un amo que había tenido, el cual, habiéndolo recibido con grande alegría, le envió a cabo de algunos días a emplear en vinos a los llanos de Pisco, y le dio que llevase gran cantidad de carneros. Y llegando a la Provincia de Ciguas, que es una tierra muy fría, le salió a recibir el doctrinero que enseña los Indios, y después de haberle convidado a comer, armó unos fulleros que tenía en su casa para que jugasen con ella, y ella, reconociendo malicia, se desviaba por huir la ocasión diciendo no tener gana de jugar. Tornóle a importunar, tanto que mal de su grado lo hizo, y habiendo perdido obra de doscientos pesos se levantó, díjole el doctrinero que se espantaba de su cortedad, y aunque estaba en cólera encendida, disimulaba, hasta que le dijo un Juan de Ochoa, que presente estaba, que por qué no jugaba; respondió que aquel juego no era de hombres de bien sino de grandísimos bellacos, y que los naipes eran hechos, y el otro dijo: «tanto entiende deso como puerca de freno». Entonces ella tomó los naipes y les enseñó fuertes de las cabezas y ballestilla en medio, y dijo al señor de la casa que así como estaban jugasen los dos con ellos, y el huésped aceptó y los fulleros los dejaron; y tomando ella el naipe, a pocos lances le ganó seiscientos pesos, y yendo al doctrinero a traerle más plata para jugar, dijo muy reposadamente que no quería jugar más, sobre lo cual vinieron a palabras, y Juan de Ochoa le tiró con los naipes, y ella sacó la daga y le dejó allí, y ellos embistieron con ella y salió a la calle con dos estocadas, aunque no le hicieron daño por estar armada.

Acudió a las cuchilladas el Corregidor y fue a prenderla, y ella no quiso hacer resistencia por ser conocido suyo, y le entregó sus armas; y prendieron a todos los de la pendencia, y a ella le envió presa a su casa, y fue a ver al herido y le halló ser de muerte, y así el Corregidor le embargó lo que ella traía, que eran sesenta y cinco mil pesos en plata, y todo el ganado en los pastos; y luego despachó al capitán su amo, avisándole de lo que pasaba; y hizo información de cómo el doctrinero tuvo la culpa por dar la baraja floreada, y sacó provisión del audiencia para que le entregasen los bienes, y se recibió la información y cómo tenía ocho meses había aquellos fulleros en su casa, y al fin a ella la tuvieron presa siete meses, y mandaron al doctrinero que estando bueno pareciese ante los señores, y a los demás desterraron a Chile sin sueldo, y a ella por ser amiga el corregidor le dieron con destierro, y así salió y se fue con su hacienda del lugar, y volvió donde su amo el capitán estaba.

⁶ SEGVNDA | RELACION | DE LOS FAMOSOS HECHOS QVE EN | el Reyno de Chile hizo una varonil muger firviendo veynte | y quatro años de soldado en fervicio de su Ma- | GEITAD EL REY NUEITRO SEÑOR, EN EL QUAL | TIEMPO TUVO MUY ONROIOS | [*manecilla*] CARGOS. | TAMBIEN IE *avifa de como se descubrio que era muger*, y los rega- | los que el Obispo de Guamanga le hizo hasta | embiarla à España. | [*colofón*]: *Impresso en Sevilla por Iuan de Cabrera. Por original | Impresso. Año de 1625.* - Fol., 2 h. (MADRID. *Nacional*: Mss/17605 h.335r-336v (num. antigua h.315r-316v; en volumen facticio perteneciente a Gayangos).

Luego en casa de un canónigo hubo un día un poco de juego entre tres o cuatro mercaderes muy gruesos, y ella no se atrevía a jugar por ser largo el juego, y habiendo echado fuera los mitones se quiso salir, y le dijo el canónigo que cómo no jugaba, y él respondió que no tenía plata, porque de cada parada jugaban cinco mil y seiscientos pesos, y él dijo que sobre su cadena le prestaría lo que pidiese, pues valía mil y seiscientos pesos; y le prestó mil pesos. Y sin tomar el naípe, solo con apuestas por cima, ganó seis mil pesos, y se retiró del juego porque se iban picando.

Después salió de allí y fue a Gambeliza, que está cerca de nueve leguas de allí, donde halló al doctor Solórzano, oidor de Lima, tomando residencia al Gobernador don Pedro Solís de Ulloa, del hábito de Santiago. Y queriendo prender un alguacil del oidor a un vizcaíno minero, tuvieron palabras, y el alguacil dio una puñalada al vizcaíno dejándole muerto, y yéndose a retraer, le siguieron un Juan de Santander y ella con las espadas en las manos, y dándole alcance, mataron al alguacil, y ella tomando su mula se salió del pueblo, y el oidor halló en la declaración del muerto que la condenaba, y así el oidor envió a buscarla por todas partes, y la alcanzaron cerca de Guamanga, y no se atrevieron a decirle palabra por asegurarla. Y de allí pasaron a presentar los recaudos al Corregidor don Luis de Ornat, el cual le entregó la causa al alcalde ordinario, que se decía don Juan de Sotomayor, comendador del hábito de Santiago; el cual fue a su posada y le preguntó de dónde era, y ella respondió que vizcaíno; preguntó más, que de dónde venía, y ella dijo que del Potosí; tornó a decir que dónde dormía, y ella enfadada le dijo que allí dormía; y replicóle que quería ver la cama o el aposento; ella respondió que ni en su cama ni aposento no había qué ver, que si otra cosa quería que se lo dijese.

En esta ocasión llegaron tres soldados de Cuzco, y entre ellos un estudiante, y llegándole a ella le preguntó el estudiante si buscaban a la monja que salió huyendo de Cuzco; ella no respondió nada, y entonces el alcalde le pidió las armas, y ella respondió que sus armas no habían delinquido en nada, de que tuvieron algunas palabras, y enfadado el alcalde le dijo que era muy bachiller, y ella sacando la espada le atajaron a la puerta unos mestizos que venían con el alcalde, y sacando una pistola que traía, le dieron lugar a salir a la calle. Comenzó el alcalde a dar voces, pidiendo favor al Rey, y por ser tarde no acudió mucha gente, y con todo eso, aunque la apuraban, cogió la calle, y escapándose dellos se escondió en un zaguán, del cual salió de allí a poco. Y encontró con su amigo Ochoa de Ibarguen, que era un mercader rico, y conociéndole le dijo: «qué es esto»; y ella le contó cuanto le había pasado y que había perdido la capa y sombrero, y llévole a su casa, donde le dieron bien de cenar. Y el dicho Juan Ochoa envió un negro suyo a saber lo que había pasado, y vido cómo en la posada el alcalde andaba buscando por ver si la hallaba; y ella, acabado de cenar, iba a hablar con el secretario del obispo, que era de su tierra; y encontró a un criado suyo, que era de su patria, a quien contó lo que pasaba, y él dijo que el obispo estaba enojado, y había enviado a llamar al alcalde por informarse, y mientras su señoría comunicaba este negocio, había quedado a la puerta un alguacil, el cual le preguntó quién era; y ella respondió gente de paz, y reconociéndola en la habla, comenzó a dar voces, y ella sacando la espada le dio una cuchillada en la cabeza; y el alguacil cerró con ella y a las voces salió la justicia, y aunque le favorecieron tres vizcaínos, la prendieron y metieron en casa del obispo, que se decía fray Agustín de la Presa. El cual luego que la vido la mandó sentar en una silla y le preguntó si era verdad que era mujer, y ella le respondió que sí.

Entonces se levantó su señoría y la abrazó con grande cortesía. El corregidor se levantó y le pidió se la entregase para llevarla a su casa, y así se lo concendió. Otro día de mañana envió por ella y, luego que fue venida, le preguntó su señoría si era doncella, y respondió que sí; y sin embargo le exortó dijese verdad, porque de tantos años de soldado daba algún escrúpulo, y ella respondió que estaba como su madre la parió, de que el obispo quedó muy gozoso, y mandóla entrar en un oratorio suyo, donde la cerró con llave. Y envió a llamar dos médicos, dos cirujanos y cuatro comadres de parir, y después que los tuvo juntos abrió la puerta del oratorio y los hizo que entrasen dentro, advirtiéndoles a todos que los había hecho juntar para que viesen si aquella mujer era doncella, y los dejó encerrados con ella, y él se salió fuera. Y entonces los susodichos comenzaron a destaparla y mirarla y hallaron ser verdad lo que ella decía, porque demás de mirarla los cirujanos, le metieron unas tientas de hierro, con que todos ellos confesaron debajo de juramento que estaba como la hora en que nació. De que se alegró mucho el obispo, y la

volvió a abrazar y estimar mucho más. Y luego mandó hacerle un hábito de monja y que se ordenase una procesión, y la depositó en un convento de monjas hasta que su Santidad dispensase. Y así estuvo hasta que se ordenó enviarla, la cual dicen que el día de hoy está en Madrid. Consérvela nuestro señor para su santo servicio.

2)

Segunda relación, la más copiosa y verdadera que ha salido, impresa por Simón Faxardo, que es el mismo que imprimió la primera. Dícese en ella cosas admirables, y fidedignas de los valerosos hechos desta mujer; de lo bien que empleó el tiempo en servicio de nuestro Rey y señor... Sevilla, Simón Faxardo, 1615⁷.

Estando (como dije en la relación pasada) en el Potosí, donde hacía oficio esta mujer de ayudante de sargento mayor, se dio orden por el Gobernador Pedro de Legui, caballero del hábito de Santiago, se hiciese gente para los Ohunchos y el Dorado, población de indios de guerra que está quinientas leguas de Potosí (tierra muy rica de mucho oro y pedrería, decíase el maese de campo Bartolomé de Álava). Y dentro de veinte días pusieron en ejecución su viaje, y de pueblo en pueblo levantando más gente, tardaron en esta jornada un año; y llegaron a un pueblo llamada Arzaga de indios de paz, donde estuvieron las compañías alojadas ocho días, hasta que formaron guías para el camino, que les faltaba.

Comenzando a caminar, y habiendo perdido el camino, se vieron en muy grande aprieto sobre unas lajas donde se despeñaron quinientas mulas cargadas de bastimentos y municiones, y doce hombres con ellas. Dice fueron entrando la tierra adentro, donde se descubrieron en unos llanados infinidad de almendros de España, olivares y otras muchas frutas de la tierra, donde se fortificaron. Y mandó el Gobernador que, para que pudiesen pasar aquel año, que sembrasen allí, pues sabían la falta que llevaban de bastimentos. A quien respondió la infantería que ellos no iban a sembrar, sino a conquistar tierras y buscar oro y plata para su Rey y señor; que no cuidase de su sustento, que ellos lo buscarían.

Pidió el maese de campo licencia al Gobernador para entrar la tierra adentro con quinientos infantes, y aunque lo rehusó por entonces, vino a conceder el ruego que le pedía, eligiendo los quinientos infantes toda gente de valor y esfuerzo, donde fue ella usando su oficio de ayudante, como antes. Y empezando a marchar con su gente, caminaron dos días con muy grande gusto, y al tercero día descubrieron un pueblo de indios de guerra, los cuales, como sintieron nuestra gente, se pusieron en arma (habiendo ocurrido de otros pueblos una muchedumbre de indios a la defensa) y, llegando los nuestros a querer entrar en el lugar, se defendieron, aunque eran muy cobardes, que en oyendo disparar los arcabuces, huían. Aquí dice mataron muchos dellos y, entrando en el lugar los nuestros, se retiraron unos a la mezquita, otros salieron huyendo del lugar, y los que quedaron, temerosos no les pagasemos fuego a los techos de la mezquita, que eran de paja muy curiosamente laborados, los derribaron luego. Y salieron della a la plaza una turbamulta de indios tan grande que, con los que luego ocurrieron, cabían a más de veinte con cada uno de los nuestros; pero, dando en ellos, murieron infinitos, y viendo que los íbamos matando apriesa, desampararon el pueblo.

Y saliendo el maese de campo de la mezquita algo enojado de que se le había escapado de las manos un indio a quien deseaba coger vivo, para saber de él en qué paraje estaba y qué tierra

⁷ SEGVNDA | RELACION | LA MAS COPIOSA, Y | verdadera que ha fálido, impressã por Simon Faxardo, que es el | mefmo que imprimio la primera. Dizenfè en ella cofas admira-| bles, y fide dignas de los valerosos hechos desta muger; | de lo bien que empleó el tiempo en feruicio | de nuefiro Rey y feñor. | *No fe oyran en este papel cofas mal fonantes, ni que caufen deshonor; a la per- | fona de quien van hablando, pues no es digna del, antes en fu fauor fe diran | cofas loables, y dignas de eterna memoria.* | Impressã con licencia en Madrid por Bernardino de Guzman, y por fu original | en Seuilla por Simon Faxardo, año de 1615. | - Fol., 2 h. (MADRID. *Nacional*: Mss/17605 h.337r-338v, num. antigua h.313r-314v; en volumen facticio perteneciente a Gayangos).

era aquella; y al tiempo que salió fuera, quitándose la celada de la cara para enjugarse el sudor, estaba enfrente un árbol donde estaba escondido un indio muchacho de hasta doce años, y viendo al maese de campo descubierto el rostro, alzó el arco y, con sola una flecha que tenía, le tiró y dio en el ojo izquierdo, de que cayó allí. Y viendo los indios que había caído, y conociendo ser cabeza de los nuestros, acometieron furiosos a los españoles, los cuales hicieron tal estrago en los indios que corrían arroyos de sangre por la plaza, y desampararon el lugar.

Llegó luego orden del Gobernador que, pena de la vida y traidor el que no se retirara; y entonces estaban los españoles para pasar el río del Dorado matando muchos indios, mas obedecimos el mandato, aunque muchos no querían volver, codiciosos con haber hallado en algunas casas de indios más de sesenta mil pesos de oro en polvo. Y en el río cogieron con los sombreros muy gran cantidad de oro en polvo, por ser aquel río de muy grande riqueza, y suele cuando mengua dejarse más de tres dedos de grueso de oro en polvo en todo aquello que mengua. El maese de campo murió dentro de tres días del flechazo del indio. Volvieron donde estaba el Gobernador y, dándole cuenta de todo, le pidieron les dejase volver a conquistar aquella tierra, que había en ella grandes riquezas, y el Gobernador no lo quiso conceder; y visto esto, lo desampararon muchos soldados, y ella con ellos.

Caminando de noche y llegando a poblado de cristianos, dice, se fue a la ciudad de Chaquiago y de allí a las Charcas, con empleo de algunos reales que tenía. Y una noche le perdió todo, de donde se fue al Potosí, y posó en casa del capitán Francisco de Ayanumen, y dándole cuenta de su vida, le pesó al dicho capitán y le dio diez mil pesos para que fuera a los llanos de Cochabamba y Mizque y allí los empleara en cosas de la tierra. Y haciéndolo así y empleándolos se volvió al Potosí, y en el camino, antes de pasar el Río de la Plata, encontró una mujer moza bien aderezada, que estaba aguardando ocasión para pasar el río; y como la vido se admiró considerando era alguna mujer principal. La cual le dijo la pasase de la otra parte del río, y subiéndola a las ancas del caballo la pasó, aunque con harto trabajo, por ir el río crecido; y dándole muchas gracias por la merced de haberla pasado, le rogó la llevase a las Charcas, donde allí tenía su madre monja. Hízolo así, no atendiendo a más que al hacerle buena obra a aquella mujer; y prosiguiendo su camino, después de haber andado algunas leguas, volvió esta señora la cara atrás y vido un hombre en un caballo que venía hacia ellas; el cual, habiéndose acercado a trecho que le conocieron, dijo ella toda turbada que aquel era su marido que venía a matarla, y le pidió apretadamente la defendiese dél, la cual prometió de hacerlo. Y llegando cerca unos de otros, se apeó ella del caballo, dejando a la señora en él, diciéndole se fuera caminando, pues estaba cerca del lugar, que ella le defendería de su marido; el cual, como llegó, le dijo: «¡traidor, cómo me llevas a mi mujer!»; y alzando la escopeta le apuntó, al cual le dijo ella que si no apuntaba bien lo había ella de matar. Y viendo Dios el celo con que defendía aquella causa, quiso no diese fuego el escopeta y, viniendo a las manos, estuvieron peleando gran rato, y le dio a él tres heridas, de que cayó en el suelo, y salió ella con una muy peligrosa. Y dejándolo por muerto, no lo estando, se fue al lugar y se retrajo en la iglesia. Y el hombre que había dejado por muerto se fue a la justicia y querelló desta mujer (habiéndose ya puesto en cobro la suya natural, yéndose al convento donde estaba su madre) y, averiguado el caso y la verdad dél, se libró.

En este mismo lugar una noche, estando en su posada, le persuadieron tres mercaderes del Potosí, hombres ricos, que jugase un poco, y ella se rehusó, porque vido unos naipes hechos de intento para ganarle. Y finalmente, porfiada de todos, se sentó a jugar mano a mano con uno; y aunque había bellaquería le ganó en menos de dos horas cincuenta mil pesos, y recogiendo su dinero no quiso jugar más; de que se enojó el que había perdido, tirándole de improviso los naipes a la cara, diciendo malas palabras. Mas ella que se sintió afrentada, acelerada con esto, con gran presteza le metió la daga por el cuerpo, de que cayó en el suelo. Los dos amigos del caído la fueron acuchillando, de donde salió herida, habiendo herido a otro muy mal. En la cual pendencia la prendieron y embargaron cuanto tenía; estuvo presa cinco meses. En este tiempo sanó de la herida el con quien había jugado, desterraron a los tres de las Charcas, y a ella a Chile. Aquí le valió la buena obra que había hecho a la mujer en librarla de su marido, porque su madre era monja y persona que valía; alcanzóle le alzaran el destierro, agradecida el bien que le había hecho a su hija.

Fuese de aquí a Lima, donde estuvo cosa de nueve meses, hasta que llegó tiempo que saliese el armadilla del mar del Sur para Panamá del Callao, y asentó ella plaza de soldado y se acomodó por camarero del General don Ordoño de Aguirre. Hicieron aquel viaje en salvamento, y entonces trajeron al Marqués de Montesclaros, que iba por Virrey al Pirú, al cual hallaron en Panamá, donde había arribado con tormenta. De aquí volvió a Lima con doce mil pesos y halló toda la ciudad alborotada por tener al inglés dentro del Callao; y entonces se embarcó en la almiranta. Iba por General don Rodrigo de Mendoza, sobrino del Marqués de Montesclaros, y a las tres de la tarde desembocaron por el puerto y, encontrando con el enemigo, procuraron ganarle el barlovento, y a las once de la noche le embestimos. Comenzando a pelear, en poco de espacio abordó nuestra almirata con la capitana del inglés, en que murió mucha gente de una y otra parte; y saltando los nuestros en la capitana del enemigo le mataron mucha gente. Aquí dice peleó varonilmente, no valiéndose de arcabuz para pelear, sino de espada y rodela, siendo de los primeros que saltaron en la nao del enemigo, que, viendo su perdición, se pegaron fuego, con intento de abrasar nuestra armada (habiendo abordado con su almirata, siéndoles fuerza el retirarse por evitar el peligro). Murieron muchos enemigos y algunos de los nuestros. Quemóse el almiranta contraria y otra nao que echamos a fondo, con que le obligamos al retirarse.

Y volviéndose al puerto nuestra armada, dice saltó en tierra y al punto salió de la ciudad, donde recogió un poco de dinero que había dado a guardar y se fue a Cuzco, y posó en casa del tesorero Salcedo, donde estuvo de asiento, ocupándose solo en jugar. Y un lunes por la mañana, yendo a oír misa al convento de Nuestra Señora de las Mercedes, oyó en la mesma calle de las Mercedes ruido de juego en una casa donde había entrado nunca, aunque se ocupaba siempre en jugar. Oyó misa y al punto se fue al juego, donde entrando vido seis hombres todos extremeños y manchegos, los cuales se paraban muy largo, comenzó a jugar, a quienes ganó en tres suertes más de ochocientos pesos. Estando en esto, entró un soldado que, por ser temido de todos, le llamaban el nuevo Cid, y ganando ella una mano, metió él la suya y le cogió un puñado de reales; sintiólo mucho, y alzando el rostro, los miró a todos y, bajándolo sin decir nada, volvió a jugar y de allí a poco volvió a meter la mano y sacó otro puñado de reales; al cual le dijo que ya iban dos con aquella, pero que se guardase de la tercera, que no la consentiría. Salióse el nuevo Cid retorciéndose el bigote, echando votos por la puerta fuera, y los que estaban dentro le dijeron a ella que no tomara pesadumbre, que aquel soldado vivía de aquello y se le consentía. Pasóse esto y a cosa de las doce del día volvió el nuevo Cid y púsose detrás della, la cual, como lo vido, empezó a ir acomodando el dinero que tenía en la mesa. El soldado, que vio esto, metió la mano para sacar más dinero y, viendo ella su desvergüenza, sacó la daga y le clavó la mano con la mesa. Alborótose el juego contra ella y a cuchilladas, como eran muchos, la llevaron una calle abajo y, al revolver della, la conocieron cuatro vizcaínos que defendieron su lado y se lo hubieron con los seis, quedándose sola con el nuevo Cid, el cual le dio dos estocadas a ella, de que cayó junto al convento de S. Francisco. Y el soldado, conociendo la había muerto, se asió de las aldabas de las puertas pidiendo iglesia. Ella, alzando la cabeza, se levantó y, enderezando a él, se tiraron a un tiempo dos estocadas, y desviando la del contrario, le metió ella su espada a su enemigo por el cuerpo, de que cayó muerto, y ella de las heridas a otra parte.

Salieron los frailes para confesarlos, el uno estaba expirando, ella le faltaba poco, y con todo no quiso confesar. Lleváronla en casa del tesorero, curáronla y declararon los cirujanos no viviría dos horas; que confesase y pusiese bien su alma. Pidió por confesor a un padre de la Compañía, llamado el padre maestro Luis Ferrer, a quien se descubrió que era mujer. Admírose el padre de oírla; fue Dios servido se le dilatase la vida y ordenaron llevarla a S. Francisco y que allí se curase, porque no la castigase la justicia. Estuvo allí cinco meses y el padre su confesor la visitaba cada día y rogaba se descubriese; respondió que en aquella tierra no lo había de hacer. Finalmente a cabo del tiempo dicho, estando buena, se vistió muy bien y la gente de su nación determinaron se fuera del lugar, porque no la matasen, y le dieron cinco negros que fueran en su compañía. Y una noche salió bien acompañada, llegó otro día al río de Apurimu, y el juez de allí era deudo del muerto, y teniendo noticia della y su venida, salió a prenderla; se defendió valerosamente, matándole uno de los negros. Ocurrió aquí tanta gente al favor de la justicia que la prendieron; acumuláronse muchas causas, sentencióla luego a muerte el juez sin embargo de apelación, apercibiéndole confesase.

Envió ella a llamar a su confesor, que era el padre de la compañía, que al punto vino; el cual, viendo la resolución del juez y hallándose ella tan apretada, tuvo por bien descubrirse, y hízolo el padre de un modo discretísimo, y con buena traza, por donde se dilató el término; y visto despacio el pleito, el ser mujer (como honestísimamente dieron fe las comadre, y estar doncella), los años que había servido al Rey, los valerosos hechos que en muchas ocasiones había conseguido, y los oficios honrosos con que había sido premiada (habiendo sido de su parte obispos, gobernadores, muchas cartas de favor y juntamente la nobleza de los vizcaínos), se libró. Encárgose della el señor obispo del Cuzco, y de disponer sus cosas en orden al provecho de su alma, y así vistiéndola en hábito de monja, ordenó enviarla a España, como lo hizo.

Esto y lo que se dijo en la primera relación es la verdad de lo sucedido en el discurso de veinte y cuatro años que anduvo peregrinando esta mujer. Déjanse algunas cosas no de mucha sustancia, que decirlas es cansar a quien por curiosidad las leyere. Desembarcóse en Cádiz, donde la vio mucha gente, y se publicaron sus hechos. Llegó a Sevilla, estuvo en ella algunos días y la habló mucha gente, que su talle, habla y disposición decían muy bien el valor que había en ella. Va a Roma, pretende ver y hablar a su Santidad, a quien (después de estar a su obediencia muy pronta) piensa pedirle algunas cosas que sean en orden al bien y quietud de su alma. Y en España al Rey nuestro señor le premie, como espera, de los servicios que en su defensa ha obrado, mostrando papeles para su satisfacción.

APÉNDICE: VERSIÓN VERSICULADA PARA EL ARCHIVO DE LA FRONTERA

Para facilitar la lectura, comprensión y disfrute de estos textos tan atractivos en torno a la monja alférez Catalina de Erauso, como en las ocasiones anteriores, y al estilo del Archivo de la Frontera, actualizamos completamente el texto y lo versiculamos por unidades de sentido, más o menos caprichosas, sobre la estupenda versión de Valeria Palmieri, a quien agradecemos el envío de este rico material literario. También añadimos algunos titulillos para estructurar mejor los diferentes párrafos y fragmentos, siempre pensando en facilitar el disfrute de su lectura.

1

*Segunda relación de los famosos hechos
que en el Reino de Chile hizo una varonil mujer
sirviendo veinte y cuatro años de soldado
en servicio de su Majestad el Rey nuestro Señor...
También se avisa de cómo se descubrió que era mujer
y los regalos que el Obispo de Guamanga le hizo
hasta enviarla a España.*

Sevilla, Juan de Cabrera, 1625.

[Introducción o enlace con los textos anteriores](#)

Después que la buena señora, de quien la relación primera ha ido haciendo mención (sin declarar su nombre, que no es justo, aunque para tan honrados y valerosos hechos no fuera justo dejarlo en silencio), ya se dijo en la otra cómo partió a las Charcas, donde otra vez había estado; y, en llegando, pidió que del pleito que le habían imputado antes, pues no había culpa contra ella, le volviesen sus bienes; y así lo ordenaron y mandaron aquellos señores.

Sus amigos le rogaron se aquietase, pues había salido bien de aquellas heridas.

[De Las Charcas a Potosí](#)

Fuese luego al Potosí, en casa de un amo que había tenido; el cual, habiéndolo recibido con grande alegría, le envió a cabo de algunos días a emplear en vinos a los llanos de Pisco, y le dio que *llevase gran cantidad de carneros*.

Aventura de juego con naipes trucados en
Ciguas y pendencia con Juan de Ochoa

Y llegando a la Provincia de Ciguas, que es una tierra muy fría,
le salió a recibir el doctrinero que enseña los Indios;
y después de haberle convidado a comer, armó unos fulleros que tenía en su casa
para que jugasen con ella; y ella, reconociendo malicia,
se desviaba por huir la ocasión diciendo *no tener gana de jugar*.

Tornóle a importunar, tanto que mal de su grado lo hizo,
y habiendo perdido obra de doscientos pesos se levantó.
Díjole el doctrinero que *se espantaba de su cortedad*,
y aunque estaba en cólera encendida, disimulaba,
hasta que le dijo un Juan de Ochoa, que presente estaba, que *por qué no jugaba*.

Respondió que *aquel juego no era de hombres de bien sino de grandísimos bellacos,*
y que los naipes eran hechos.

Y el otro dijo: «¿*Tanto entiende de eso, como puerca de freno?*».

Entonces ella tomó los naipes y les enseñó fuertes de las cabezas y ballestilla en medio,
y dijo al señor de la casa que, *así como estaban, jugasen los dos con ellos*.
Y el huésped aceptó, y los fulleros los dejaron; y tomando ella el naipe,
a pocos lances le ganó seiscientos pesos; y yendo al doctrinero
a traerle más plata para jugar,
dijo muy reposadamente que *no quería jugar más*,
sobre lo cual vinieron a palabras, y Juan de Ochoa le tiró con los naipes,
y ella sacó la daga y le dejó allí, y ellos embistieron con ella y salió a la calle
con dos estocadas, aunque no le hicieron daño por estar armada.

Acudió a las cuchilladas el Corregidor y fue a prenderla;
y ella no quiso hacer resistencia por ser conocido suyo, y le entregó sus armas;
y prendieron a todos los de la pendencia, y a ella le envió presa a su casa,
y fue a ver al herido y le halló ser de muerte.
Y así, el Corregidor le embargó lo que ella traía,
que eran sesenta y cinco mil pesos en plata, y todo el ganado en los pastos.

Y luego despachó al capitán su amo, avisándole de lo que pasaba.
Y hizo información de cómo el doctrinero tuvo la culpa por dar la baraja floreada,
y sacó provisión del Audiencia para que le entregasen los bienes,
y se recibió la información.
Y cómo tenía ocho meses había aquellos fulleros en su casa,
y al fin a ella la tuvieron presa siete meses, y mandaron al doctrinero
que, estando bueno, pareciese ante los señores,
y a los demás desterraron a Chile sin sueldo, y a ella, por ser amigo el corregidor,
le dieron con destierro; y, así,
salió y se fue con su hacienda del lugar, y volvió donde su amo el capitán estaba.

Nueva aventura de juego de final feliz

Luego, en casa de un canónigo, hubo un día un poco de juego
entre tres o cuatro mercaderes muy gruesos; y ella no se atrevía a jugar
por ser largo el juego, y habiendo echado fuera los mitones se quiso salir.
Y le dijo el canónigo que *cómo no jugaba*,

y él respondió que *no tenía plata*,
porque de cada parada jugaban cinco mil y seiscientos pesos.
Y él dijo que *sobre su cadena le prestaría lo que pidiese*,
pues valía mil y seiscientos pesos; y le prestó mil pesos.
Y sin tomar el naípe, solo con apuestas por cima,
ganó seis mil pesos, y se retiró del juego porque se iban picando.

Nuevo incidente e interrogatorio del alcalde
Juan de Sotomayor

Después salió de allí y fue a Gambeliza, que está cerca de nueve leguas de allí,
donde halló al doctor Solórzano, oidor de Lima,
tomando residencia al Gobernador don Pedro Solís de Ulloa, del hábito de Santiago.

Y queriendo prender un alguacil del oidor a un vizcaíno minero,
tuvieron palabras, y el alguacil dio una puñalada al vizcaíno dejándole muerto;
y yéndose a retraer, le siguieron un Juan de Santander y ella
con las espadas en las manos; y dándole alcance, mataron al alguacil.
Y ella, tomando su mula, se salió del pueblo.
Y el oidor halló en la declaración del muerto que la condenaba,
y así el oidor envió a buscarla por todas partes;
y la alcanzaron cerca de Guamanga,
y no se atrevieron a decirle palabra por asegurarla.

Y de allí pasaron a presentar los recaudos al Corregidor don Luis de Ornao,
el cual le entregó la causa al alcalde ordinario,
que se decía don Juan de Sotomayor, comendador del hábito de Santiago;
el cual fue a su posada y le preguntó *de dónde era*.
Y ella respondió *que vizcaíno*.
Preguntó más, que *¿de dónde venía?*
Y ella dijo que *del Potosí*.
Tornó a decir que *¿dónde dormía?*
Y ella, enfadada, le dijo que *allí dormía*.
Y replicóle que *quería ver la cama o el aposento*.
Ella respondió que *ni en su cama ni aposento no había qué ver*,
que si otra cosa quería que se lo dijese.

En esta ocasión llegaron tres soldados de Cuzco, y entre ellos un estudiante.
Y llegándole a ella, le preguntó el estudiante *si buscaban a la monja*
que salió huyendo de Cuzco.
Ella no respondió nada, y entonces el alcalde le pidió las armas,
y ella respondió que *sus armas no habían delinquido en nada*,
de que tuvieron algunas palabras.
Y enfadado el alcalde, le dijo que *era muy bachiller*.
Y ella sacando la espada,
le atajaron a la puerta unos mestizos que venían con el alcalde,
y sacando una pistola que traía, le dieron lugar a salir a la calle.
Comenzó el alcalde a dar voces, pidiendo favor al Rey,
y por ser tarde no acudió mucha gente. Y con todo eso, aunque la apuraban,
cogió la calle, y escapándose de ellos se escondió en un zaguán,
del cual salió de allí a poco.

Protección de su amigo Juan Ochoa de Ibarguen
y del obispo fray Agustín de la Presa

Y encontró con su amigo Ochoa de Iburguen, que era un mercader rico;
y conociéndole, le dijo: «¿*qué es esto?*»
Y ella le contó cuanto le había pasado y que *había perdido la capa y sombrero*.
Y llévole a su casa, donde le dieron bien de cenar.
Y el dicho Juan Ochoa envió un negro suyo a saber lo que había pasado;
y vio cómo, en la posada, el alcalde andaba buscando por ver si la hallaba.
Y ella, acabado de cenar, iba a hablar con el secretario del obispo,
que era de su tierra; y encontró a un criado suyo, que era de su patria,
a quien contó lo que pasaba. Y él dijo que *el obispo estaba enojado,*
y había enviado a llamar al alcalde por informarse.
Y mientras su señoría comunicaba este negocio, había quedado a la puerta un alguacil,
el cual le preguntó *quién era*; y ella respondió *gente de paz*.
Y reconociéndola en la habla, comenzó a dar voces;
y ella, sacando la espada, le dio una cuchillada en la cabeza;
y el alguacil cerró con ella y, a las voces, salió la justicia.
Y aunque le favorecieron tres vizcaínos, la prendieron y metieron en casa del obispo,
que se decía fray Agustín de la Presa.
El cual, luego que la vio, la mandó sentar en una silla y le preguntó
si era verdad que era mujer.
Y ella le respondió que *sí*.

Entonces se levantó su señoría y la abrazó con grande cortesía.
El corregidor se levantó y le pidió *se la entregase para llevarla a su casa,*
y así se lo concedió.

El obispo comprueba su virginidad

Otro día de mañana envió por ella y, luego que fue venida,
le preguntó su señoría *si era doncella*, y respondió *que sí*.
Y, sin embargo, le exhortó *dijese verdad; porque, de tantos años de soldado,*
daba algún escrúpulo.
Y ella respondió que *estaba como su madre la parió*,
de que el obispo quedó muy gozoso, y mandóla entrar en un oratorio suyo,
donde la cerró con llave.

Y envió a llamar dos médicos, dos cirujanos y cuatro comadres de parir,
y después que los tuvo juntos abrió la puerta del oratorio
y los hizo que entrasen dentro, advirtiéndoles a todos que *los había hecho juntar*
para que viesen si aquella mujer era doncella.
Y los dejó encerrados con ella, y él se salió fuera.

Y, entonces, los susodichos comenzaron a destaparla y mirarla,
y hallaron ser verdad lo que ella decía; porque, además de mirarla los cirujanos,
le metieron unas tientas de hierro, con que todos ellos confesaron,
debajo de juramento, que *estaba como la hora en que nació*.

De que se alegró mucho el obispo, y la volvió a abrazar y estimar mucho más.
Y luego mandó hacerle un hábito de monja y que se ordenase una procesión,
y la depositó en un convento de monjas hasta que su Santidad dispensase.

Y así estuvo hasta que se ordenó enviarla,
la cual dicen que el día de hoy está en Madrid.
Consérvela nuestro señor para su santo servicio.

2

Segunda relación, la más copiosa y verdadera que ha salido impresa por Simón Faxardo, que es el mismo que imprimió la primera.

Dícense en ella cosas admirables, y fidedignas de los valerosos hechos de esta mujer; de lo bien que empleó el tiempo en servicio de nuestro Rey y señor...

Sevilla, Simón Faxardo, 1615.

De Potosí, al Dorado

Estando (como dije en la relación pasada) en el Potosí, donde hacía oficio esta mujer de ayudante de sargento mayor, se dio orden por el Gobernador Pedro de Leguí, caballero del hábito de Santiago, se hiciese gente para los Ohunchos y el Dorado, población de indios de guerra que está quinientas leguas de Potosí (tierra muy rica de mucho oro y pedrería, decíase el maese de campo Bartolomé de Álava).

Viaje con el Gobernador y aventuras violentas en un pueblo de indios de guerra, con arroyos de sangre

Y dentro de veinte días pusieron en ejecución su viaje, y de pueblo en pueblo levantando más gente, tardaron en esta jornada un año. Y llegaron a un pueblo llamado Arzaga, de indios de paz, donde estuvieron las compañías alojadas ocho días, hasta que formaron guías para el camino, que les faltaba.

Comenzando a caminar, y habiendo perdido el camino, se vieron en muy grande aprieto sobre unas lajas, donde se despeñaron quinientas mulas cargadas de bastimentos y municiones, y doce hombres con ellas.

Dice fueron entrando la tierra adentro, donde se descubrieron en unos llanados infinidad de almendros de España, olivares y otras muchas frutas de la tierra, donde se fortificaron. Y mandó el Gobernador que, *para que pudiesen pasar aquel año, que sembrasen allí, pues sabían la falta que llevaban de bastimentos.* A quien respondió la infantería que *ellos no iban a sembrar, sino a conquistar tierras y buscar oro y plata para su Rey y señor; que no cuidase de su sustento, que ellos lo buscarían.*

Pidió el maese de campo licencia al Gobernador para entrar la tierra adentro con quinientos infantes, y aunque lo rehusó por entonces, vino a conceder el ruego que le pedía, eligiendo los quinientos infantes,

toda gente de valor y esfuerzo; donde fue ella usando su oficio de ayudante, como antes. Y empezando a marchar con su gente, caminaron dos días con muy grande gusto, y al tercero día descubrieron un pueblo de indios de guerra; los cuales, como sintieron nuestra gente, se pusieron en arma (habiendo ocurrido de otros pueblos una muchedumbre de indios a la defensa) y, llegando los nuestros a querer entrar en el lugar, se defendieron; aunque eran muy cobardes, que en oyendo disparar los arcabuces, huían.

Aquí dice mataron muchos de ellos; y, entrando en el lugar los nuestros, se retiraron unos a la mezquita, otros salieron huyendo del lugar, y los que quedaron, temerosos no les pagásemos fuego a los techos de la mezquita, que eran de paja muy curiosamente laborados, los derribaron luego. Y salieron de ella a la plaza una turbamulta de indios tan grande que, con los que luego ocurrieron, cabían a más de veinte con cada uno de los nuestros; pero, dando en ellos, murieron infinitos, y viendo que los íbamos matando apriesa, desampararon el pueblo.

Y saliendo el maese de campo de la mezquita algo enojado de que se le había escapado de las manos un indio a quien deseaba coger vivo, para saber de él en qué paraje estaba y qué tierra era aquella; y al tiempo que salió fuera, quitándose la celada de la cara para enjugarse el sudor, estaba enfrente un árbol donde estaba escondido un indio muchacho de hasta doce años. Y viendo al maese de campo descubierto el rostro, alzó el arco y, con sola una flecha que tenía, le tiró y dio en el ojo izquierdo, de que cayó allí. Y viendo los indios que había caído, y conociendo ser cabeza de los nuestros, acometieron furiosos a los españoles, los cuales hicieron tal estrago en los indios que corrían arroyos de sangre por la plaza. Y desampararon el lugar.

Orden de retirada cuando habían encontrado mucho oro, y abandono del Gobernador

Llegó luego orden del Gobernador que pena de la vida y traidor el que no se retirara; y entonces estaban los españoles para pasar el río del Dorado, matando muchos indios, mas obedecimos el mandato, aunque muchos no querían volver, codiciosos con haber hallado en algunas casas de indios más de sesenta mil pesos de oro en polvo. Y en el río cogieron con los sombreros muy gran cantidad de oro en polvo, por ser aquel río de muy grande riqueza; y suele, cuando mengua, dejarse más de tres dedos de grueso de oro en polvo en todo aquello que mengua.

El maese de campo murió dentro de tres días del flechazo del indio. Volvieron donde estaba el Gobernador y, dándole cuenta de todo, le pidieron les dejase volver a conquistar aquella tierra, que había en ella grandes riquezas, y el Gobernador no lo quiso conceder; y visto esto, lo desampararon muchos soldados, y ella con ellos.

De nuevo en el Potosí y aventura violenta en el camino a causa de una mujer

Caminando de noche y llegando a poblado de cristianos, dice, se fue a la ciudad de Chaquiago, y de allí a las Charcas, con empleo de algunos reales que tenía. Y una noche lo perdió todo,

de donde se fue al Potosí, y posó en casa del capitán Francisco de Ayanumen.

Y dándole cuenta de su vida, le pesó al dicho capitán y le dio diez mil pesos para que fuera a los llanos de Cochabamba y Mizque, y allí los empleara en cosas de la tierra. Y haciéndolo así, y empleándolos, se volvió al Potosí; y en el camino, antes de pasar el Río de la Plata, encontró una mujer moza bien aderezada que estaba aguardando ocasión para pasar el río. Y como la vio, se admiró considerando era alguna mujer principal. La cual le dijo *la pasase de la otra parte del río*; y subiéndola a las ancas del caballo la pasó, aunque con harto trabajo, por ir el río crecido.

Y dándole muchas gracias por la merced de haberla pasado, le rogó la llevase a las Charcas, donde allí tenía su madre monja. Hízolo así, no atendiendo a más que al hacerle buena obra a aquella mujer; y prosiguiendo su camino, después de haber andado algunas leguas, volvió esta señora la cara atrás y vio un hombre en un caballo que venía hacia ellas; el cual, habiéndose acercado a trecho que le conocieron, dijo ella, toda turbada, que aquel era su marido que venía a matarla. Y le pidió apretadamente la defendiese de él, la cual prometió de hacerlo.

Y llegando cerca unos de otros, se apeó ella del caballo, dejando a la señora en él, diciéndole se fuera caminando, pues estaba cerca del lugar, que ella le defendería de su marido. El cual, como llegó, le dijo: *«¡traidor, cómo me llevas a mi mujer!»*

Y alzando la escopeta le apuntó. Al cual le dijo ella que, si no apuntaba bien, lo había ella de matar. Y viendo Dios el celo con que defendía aquella causa, quiso no diese fuego el escopeta y, viniendo a las manos, estuvieron peleando gran rato, y le dio a él tres heridas, de que cayó en el suelo, y salió ella con una muy peligrosa. Y dejándolo por muerto, no lo estando, se fue al lugar y se retrajo en la iglesia. Y el hombre que había dejado por muerto se fue a la justicia, y querelló de esta mujer (habiéndose ya puesto en cobro la suya natural, yéndose al convento donde estaba su madre) y, averiguado el caso y la verdad de él, se libró.

Incidente a causa del juego en Las Charcas

En este mismo lugar, una noche, estando en su posada, le persuadieron tres mercaderes del Potosí, hombres ricos, que jugase un poco, y ella se rehusó, porque vio unos naipes hechos de intento para ganarle. Y finalmente, porfiada de todos, se sentó a jugar mano a mano con uno; y aunque había bellaquería, le ganó en menos de dos horas cincuenta mil pesos, y recogiendo su dinero no quiso jugar más; de que se enojó el que había perdido, tirándole de improviso los naipes a la cara, diciendo malas palabras.

Mas ella que se sintió afrentada, acelerada con esto, con gran presteza le metió la daga por el cuerpo, de que cayó en el suelo. Los dos amigos del caído la fueron acuchillando, de donde salió herida, habiendo herido a otro muy mal. En la cual pendencia la prendieron y embargaron cuanto tenía; estuvo presa cinco meses. En este tiempo sanó de la herida el con quien había jugado, desterraron a los tres de las Charcas, y a ella a Chile. Aquí le valió la buena obra que había hecho a la mujer en librarla de su marido,

porque su madre era monja y persona que valía, alcanzóle le alzarán el destierro, agradecida el bien que le había hecho a su hija.

Desde Lima, viaje a Panamá y vuelta con el virrey Montesclaros y batalla con los ingleses en Callao

Fuese de aquí a Lima, donde estuvo cosa de nueve meses, hasta que llegó tiempo que saliese el armadilla del mar del Sur para Panamá del Callao; y asentó ella plaza de soldado, y se acomodó por camarero del General don Ordoño de Aguirre.

Hicieron aquel viaje en salvamento, y entonces trajeron al Marqués de Montesclaros, que iba por Virrey al Pirú, al cual hallaron en Panamá, donde había arribado con tormenta.

De aquí volvió a Lima con doce mil pesos, y halló toda la ciudad alborotada por tener al inglés dentro del Callao; y entonces se embarcó en la almiranta. Iba por General don Rodrigo de Mendoza, sobrino del Marqués de Montesclaros, y a las tres de la tarde desembocaron por el puerto y, encontrando con el enemigo, procuraron ganarle el barlovento, y a las once de la noche le embestimos.

Comenzando a pelear, en poco de espacio abordó nuestra almiranta con la capitana del inglés, en que murió mucha gente de una y otra parte; y saltando los nuestros en la capitana del enemigo, le mataron mucha gente. Aquí dice peleó varonilmente, no valiéndose de arcabuz para pelear, sino de espada y rodela, siendo de los primeros que saltaron en la nao del enemigo que, viendo su perdición, se pegaron fuego, con intento de abrasar nuestra armada (habiendo abordado con su almiranta, siéndoles fuerza el retirarse por evitar el peligro). Murieron muchos enemigos y algunos de los nuestros. Quemóse el almiranta contraria y otra nao que echamos a fondo, con que le obligamos al retirarse.

En Cuzco y nuevos lances de juego, con pelea y muerte del valentón nuevo Cid

Y volviéndose al puerto nuestra armada, dice saltó en tierra y al punto salió de la ciudad, donde recogió un poco de dinero que había dado a guardar y se fue a Cuzco, y posó en casa del tesorero Salcedo, donde estuvo de asiento, ocupándose solo en jugar.

Y un lunes por la mañana, yendo a oír misa al convento de Nuestra Señora de las Mercedes, oyó en la misma calle de las Mercedes ruido de juego en una casa donde no había entrado nunca, aunque se ocupaba siempre en jugar. Oyó misa y al punto se fue al juego, donde entrando vio seis hombres, todos extremeños y manchegos, los cuales se paraban muy largo; comenzó a jugar, a quienes ganó en tres suertes más de ochocientos pesos.

Estando en esto, entró un soldado que, por ser temido de todos, le llamaban el nuevo Cid. Y ganando ella una mano, metió él la suya y le cogió un puñado de reales. Sintiólo mucho, y alzando el rostro, los miró a todos y, bajándolo sin decir nada, volvió a jugar; y de allí a poco volvió a meter la mano y sacó otro puñado de reales. Al cual le dijo que *ya iban dos con aquella, pero que se guardase de la tercera,*

que no la consentiría.

Salióse el nuevo Cid retorciéndose el bigote, echando votos por la puerta fuera, y los que estaban dentro le dijeron a ella que no tomara pesadumbre, que aquel soldado vivía de aquello y se le consentía.

Pasóse esto y, a cosa de las doce del día, volvió el nuevo Cid; y púsose detrás de ella, la cual, como lo vio, empezó a ir acomodando el dinero que tenía en la mesa. El soldado, que vio esto, metió la mano para sacar más dinero; y, viendo ella su desvergüenza, sacó la daga y le clavó la mano con la mesa.

Alborótese el juego contra ella y a cuchilladas, como eran muchos, la llevaron una calle abajo; y, al revolver de ella, la conocieron cuatro vizcaínos que defendieron su lado y se lo hubieron con los seis, quedándose sola con el nuevo Cid, el cual le dio dos estocadas a ella, de que cayó junto al convento de San Francisco. Y el soldado, conociendo la había muerto, se asió de las aldabas de las puertas pidiendo *iglesia*. Ella, alzando la cabeza, se levantó y, enderezando a él, se tiraron a un tiempo dos estocadas; y desviando la del contrario, le metió ella su espada a su enemigo por el cuerpo, de que cayó muerto, y ella de las heridas a otra parte.

Salieron los frailes para confesarlos; el uno estaba expirando, ella le faltaba poco, y con todo no quiso confesar.

Confesión de su sexo, nuevos problemas con la justicia, y protección del obispo de Cuzco que la envía a España

Lleváronla en casa del tesorero, curáronla y declararon los cirujanos *no viviría dos horas, que confesase y pusiese bien su alma*. Pidió por confesor a un padre de la Compañía, llamado el padre maestro Luis Ferrer, a quien se descubrió que era mujer. Admírose el padre de oírla. Fue Dios servido se le dilatase la vida y ordenaron llevarla a San Francisco y que allí se curase, porque no la castigase la justicia. Estuvo allí cinco meses; y el padre su confesor la visitaba cada día y rogaba *se descubriese*. Respondió que *en aquella tierra no lo había de hacer*.

Finalmente a cabo del tiempo dicho, estando buena, se vistió muy bien y la gente de su nación determinaron se fuera del lugar, porque no la matasen, y le dieron cinco negros que fueran en su compañía. Y una noche salió bien acompañada; llegó otro día al río de Apurimu. Y el juez de allí era deudo del muerto, y teniendo noticia de ella y su venida, salió a prenderla. Se defendió valerosamente, matándole uno de los negros. Ocurrió aquí tanta gente al favor de la justicia que la prendieron; acumuláronse muchas causas, sentencióla luego a muerte el juez, sin embargo de apelación, apercibiéndole confesase.

Envió ella a llamar a su confesor, que era el padre de la compañía, que al punto vino; el cual, viendo la resolución del juez y hallándose ella tan apretada, tuvo por bien descubrirse, e hízolo el padre de un modo discretísimo y con buena traza, por donde se dilató el término; y visto despacio el pleito, el ser mujer

(como honestísimamente dieron fe las comadre, y estar doncella),
los años que había servido al Rey,
los valerosos hechos que en muchas ocasiones había conseguido,
y los oficios honrosos con que había sido premiada
(habiendo sido de su parte obispos, gobernadores, muchas cartas de favor
y juntamente la nobleza de los vizcaínos), se libró.

Encárgose de ella el señor obispo del Cuzco,
y de disponer sus cosas en orden al provecho de su alma y, así,
vistiéndola en hábito de monja, ordenó enviarla a España, como lo hizo.

Final en Cádiz, Sevilla, Roma y la corte de
Madrid

Esto, y lo que se dijo en la primera relación, es la verdad de lo sucedido
en el discurso de veinte y cuatro años que anduvo peregrinando esta mujer.

Déjanse algunas cosas no de mucha sustancia, que decirlas
es cansar a quien por curiosidad las leyere.

Desembarcóse en Cádiz, donde la vio mucha gente, y se publicaron sus hechos.
Llegó a Sevilla, estuvo en ella algunos días y la habló mucha gente,
que su talle, habla y disposición decían muy bien el valor que había en ella.
Va a Roma, pretende ver y hablar a su Santidad,
a quien (después de estar a su obediencia muy pronta) piensa pedirle algunas cosas
que sean en orden al bien y quietud de su alma.
Y en España al Rey nuestro señor le premie, como espera,
de los servicios que en su defensa ha obrado,
mostrando papeles para su satisfacción.

FIN